

El alumnado tiene la palabra

Este centro da la voz a los estudiantes para que propongan mejoras en el colegio. Tienen muchas demandas, y desde hace tiempo, pero con este proyecto se le ofrece la posibilidad de expresarlas, justificarlas y difundirlas, para que sean escuchadas y atendidas.



PABLO MARTÍNEZ

Tras la reticencia inicial, el grupo se implica en el proyecto e involucra a todo el centro.

¿Y esto para qué sirve? ¿Van a hacer caso de nuestras peticiones?". La incertidumbre y el recelo cunden en la clase de tercero de Educación Secundaria del Centro Social Bellavista-Julio Blanco, de Santander, cuando se invita a los estudiantes a participar en un proyecto que pretende recoger y difundir sus opiniones y sus demandas para mejorar el centro. Pero poco a poco las reticencias se diluyen y el interés y la implicación se multiplican cuando comprenden que se les está brindando la oportunidad de desarrollar una nueva forma de entender la

escuela, en la que su voz se convierte en la pieza fundamental.

Venimos ensayando esta nueva forma de entender la escuela, desde hace dos cursos, con un grupo de 23 alumnos y alumnas durante su paso por los cursos de tercero y cuarto de ESO. La mayor parte de este alumnado está escolarizado en el centro desde Educación Infantil y varios alumnos forman parte de un programa de diversificación. Por lo tanto, el grupo completo solo trabaja en las clases de Informática, Religión o Ética, Plástica, Educación Física y Tutoría, que es el espacio

usado para la puesta en marcha de la mayoría de las actividades de este proyecto.

El trabajo desarrollado con este grupo es producto de la colaboración entre el centro y la Universidad de Cantabria, y surge con un horizonte claro: la puesta en marcha de un proyecto que dé frutos en el colegio y mejore algunos aspectos de su funcionamiento, una condición imprescindible para la colaboración.

Bajo esa premisa, la experiencia comienza con la puesta en común –entre las personas del colegio encargadas del Proyecto y las investigadoras de la Universidad– de

MARTA GARCÍA LASTRA

Departamento de Educación. Universidad de Cantabria.

BEGOÑA PRADO MARTÍNEZ

Centro Social Bellavista-Julio Blanco, de Santander (Cantabria).

los objetivos, su planificación y el intercambio de toda la información necesaria para su desarrollo por una y otra parte. Su puesta en práctica es un proceso gradual en el que no solo va aumentando la intensidad del trabajo que se realiza, sino también el entusiasmo de las personas que participan en él, fundamentalmente del alumnado, que al final se expresa en términos muy alejados de los de sus primeras impresiones: "Somos capaces de plantearnos cosas, y nos escuchan".

Cauces de participación

Es lógico que, en la toma de contacto con el grupo de estudiantes, las primeras explicaciones que les damos sobre lo que queremos hacer no estén exentas de dudas, pero se van despejando a medida que se desarrolla el trabajo. Las primeras actuaciones que ponemos en marcha están dirigidas a conocer la dinámica del aula, a través de observaciones de la clase en diferentes asignaturas, una recogida de datos que nos permite descubrir al colectivo en diferentes momentos. Además, entrevistamos al director del centro para pulsar su opinión no solo sobre el grupo, sino también sobre los cauces de participación que, a su juicio, ofrece el centro, y el uso que el alumnado hace de ellos.

Como no puede ser de otra manera, tras la primera fase de toma de contacto, conocimiento del grupo y detección de necesidades, la primera actividad es la consulta al alumnado. Diseñamos un pequeño cuestionario (de siete preguntas abiertas) para que respondan a cuestiones relacionadas con las cosas que les gustaría mejorar en el centro, los temas en los que les gustaría intervenir o el eco que, a su juicio, tienen las peticiones que realizan

a la tutora y al director. El trabajo se plantea como una actividad en parejas durante la clase de tutoría.

Una vez recogidas y analizadas, sus respuestas se ponen en común en una asamblea en la que participa el conjunto de la clase. En este segundo paso, el alumnado puede explicar con mayor detalle las respuestas ofrecidas en el documento. Se van superando las reticencias o incertidumbres de lo que el proyecto significa y van aumentando el interés y el grado de implicación del grupo en el trabajo.

Son estas actividades las que les permiten pararse a reflexionar, a elaborar peticiones y, sobre todo, a justificarlas; un ejercicio que –según nos comentan– en pocas ocasiones han realizado. De este modo, durante la asamblea podemos detectar, por un lado, la toma de conciencia de la novedad de este tipo de actividad, tal y como lo expresa una de las alumnas ("Sí que lo habíamos hablado [se refiere al arreglo de la pista de fútbol], pero nunca lo habíamos pedido"), y por otro, un cierto sentimiento de escepticismo ante los resultados esperados ("Ya sabemos que no nos van a hacer caso, ya sabemos lo que va a pasar").

Una vez planteadas sus demandas, proponemos darlas a conocer en el centro. Dividimos al grupo en equipos de cuatro o cinco miembros, que se reparten el conjunto de las propuestas de mejora. En esos momentos todavía no está definido el público al que se van a dirigir, pero tienen claro que la dirección del centro es el destinatario fundamental. Por otro lado, hay que pensar en la forma de hacer llegar sus propuestas, y en casi todos los equipos aparecen las nuevas tecnologías (dado su conocimiento y también su facilidad de manejo) como herramienta fundamental. Por ello, se dedican a grabar imágenes

de algunas de las instalaciones que a su juicio deben ser reformadas (baños, pista deportiva, etc.) y a crear presentaciones en PowerPoint para mostrar sus peticiones.

Durante las sesiones que dedicamos a elaborar las presentaciones (siempre en las horas de tutoría) va tomando cuerpo la intención de involucrar a otros grupos de estudiantes del centro. Y es que las noticias sobre el proyecto van corriendo como la pólvora: el grupo de tercero de ESO ya no solo piensa en lo que hay que cambiar en el colegio, sino que además intenta la colaboración de otras clases en su cometido. Para ello, en las aulas de todos los cursos de ESO se reparte un documento en el que se invita a todos los colegas a firmarlo para apoyar sus peticiones.

Trasparamos las paredes del aula

La actividad que sin duda suscita mayor eco en el centro es la que se lleva a cabo tras estas primeras sesiones de trabajo y que traspasa las paredes del aula: la realización de una asamblea en la que el alumnado muestra, a sus compañeros de etapa, profesores y dirección, sus peticiones y propuestas de mejora del centro. Estas se refieren a aspectos materiales como el arreglo de los baños y de la pista deportiva, la creación de un espacio Wi-Fi o la instalación de una máquina de comida y bebida. Además, reivindican otras medidas, como la utilización de los teléfonos móviles durante los recreos o una vieja demanda ya formulada en años anteriores por otros grupos: la posibilidad de salir del centro, durante dicha pausa, para poder ir a establecimientos cercanos a comprar algún tipo de refrigerio.

Tras las presentaciones de los equipos, se establece un turno de preguntas al di-

Un colegio fuertemente comprometido con el barrio

El Centro Social Bellavista-Julio Blanco extiende su oferta educativa desde Educación Infantil hasta Secundaria, pasando por Programas de Cualificación Profesional Inicial (PCPI). Un total de 30 docentes imparten su magisterio a más de 300 estudiantes de estas etapas. Pero su ámbito de actuación va más allá.

Con más de cuatro décadas de historia, el colegio surgió de la iniciativa de Julio Blanco, párroco del barrio, con una importante vocación social dirigida a dar respuesta a las demandas educativas y sociales de la zona en la que se ubica. Si algo ha caracterizado a este centro en toda su trayectoria es su fuerte compromiso con el barrio, que lo ha convertido en algo más que un colegio, pues ofrece servicios a la población adulta (cuenta con un centro de día, programas de alfabetización para mujeres, etc.), atiende las necesidades de los grupos más desfavorecidos (población gitana, familias con graves problemas económicos, etc.) y participa en cuantas acciones significan la mejora de la calidad de vida en la zona.

La experiencia de trabajo en colaboración con la Universidad de Cantabria también persigue mejorar la calidad de vida del centro y de su entorno, ya que forma parte de los proyectos "Análisis de los procesos de inclusión/exclusión educativa en la educación obligatoria. Desarrollo de proyectos locales de cambio y mejora escolar" (I+D+I, EDU2008-06511-C02-02/EDUC) y "Escuelas que caminan hacia la inclusión educativa: trabajar con la comunidad local, la voz del alumnado y el apoyo educativo para promover el cambio", dirigidos por las profesoras Teresa Susinos y Ángeles Parrilla, respectivamente.

experiencias

ESO

Una investigación colaborativa

La experiencia de trabajo desarrollada entre el Centro Social Bellavista-Julio Blanco y la Universidad de Cantabria puede ser considerada una "investigación colaborativa" siguiendo los términos de Mel Ainscow (1999), quien define este tipo de cooperación como un proyecto desarrollado por el profesorado de un centro educativo en colaboración con un equipo de investigación, en este caso universitario.

A lo largo de estos años de trabajo conjunto bien podemos hablar de un aprendizaje mutuo por parte de todas las personas que participan en él: las investigadoras de la Universidad, la tutora del centro, el alumnado con el que trabajamos, la dirección y, creemos que podemos apuntarlo, el colegio en su conjunto. Además, permite construir un nuevo marco de relaciones entre la tutora y el grupo, que enriquece y mejora el trabajo entre ambas partes.

rector, que solicita, como paso previo a la consideración de estas demandas, un compromiso por parte del alumnado.

La sesión se desarrolla en un clima muy cordial y con un alto grado de entusiasmo y participación del alumnado. Además, la intervención de algunos de los profesores presentes, ofreciendo su punto de vista sobre las peticiones formuladas, ayuda al grupo a sentirse apoyado en una aventura que va afianzándose e incluso sorprendiendo a los propios estudiantes. Así lo confiesa una alumna en los encuentros que realizamos después de esta actividad para evaluar el trabajo: "Nunca pensamos que llegaríamos hasta ahí". En este sentido, la consulta al alumnado y la toma en consideración de sus peticiones bien pueden ser consideradas un primer paso en la búsqueda de mejoras en el centro.

El aumento del grado de implicación del grupo en el proyecto queda patente en la noticia que escriben para el número de verano del periódico del colegio, *Candil*, en el que bajo el título "Un proyecto con la Universidad de Cantabria" visibilizan y dan a conocer sus demandas a la comunidad educativa y, fundamentalmente, a las familias, al tiempo que solicitan su opinión y piden que "algunas de esas demandas sean consideradas positivamente". "Pensamos que sería bueno para el centro y nos animaría a continuar con esto, que no es más que una forma de trabajar y participar en lo que nos rodea", escriben.

Esto también pone de manifiesto que ofrecer una nueva forma de trabajar a estos alumnos les sirve para darse cuenta de que tienen voz o por lo menos la pueden tener; que tienen capacidad de opinar y decir: "Se puede hacer esto o lo otro". Supone aprender a investigar y a reivindicar demandas que, si bien no son nuevas, y de manera informal ya habían flotado en el ambiente, nunca se habían justificado ni presentado con evidencias.

Todo ello, además, nos permite construir una nueva imagen que sirve para mejorar las relaciones y aumentar la confianza del grupo. Precisamente, y creemos que como fruto de este cambio, una de las iniciativas que el centro ha puesto en marcha recientemente es la organización de un curso sobre redes sociales, impartido por varios alumnos y dirigido a las familias y a los propios docentes: una forma de compartir conocimientos en la que el alumnado, experto en la materia, se convierte en protagonista.

La respuesta a las demandas

Al comienzo del siguiente curso, el trabajo vuelve a retomarse con la redacción de una carta, dirigida a la dirección del centro, que contiene las demandas del alumnado. Se trata de trabajar con los estudiantes la idea de que las reivindicaciones expresadas no solo serán escuchadas, sino atendidas.

Y así es, ya que algunas de las demandas planteadas por el alumnado van a ser próximamente satisfechas, por ejemplo, la construcción de un aparcamiento para bicicletas. Otras, que necesitan de un mayor consenso o de un procedimiento más largo, tardarán más tiempo en verse realizadas. Esto es algo que el grupo de estudiantes que participa en el proyecto, a pesar de solicitar rapidez en las respuestas a sus demandas, también sabe gestionar: reconocen que, aunque ellos abandonen el centro y no las vean realizadas, se sentirán satisfechos si, a medio o largo plazo, sus compañeros, hermanos o amistades que están en cursos inferiores, se benefician de ellas. "Aunque yo no lo vea, me sentiré contenta si mi hermana puede disfrutarlo", señala una de las alumnas.

Confiamos en que, si no todas, una buena parte de las demandas se vean cumplidas, para de este modo celebrar el éxi-

to del proyecto. Y es que no hay que olvidar que dar voz al alumnado implica, de manera inexcusable, escucharlo.

Tampoco podemos obviar que, en nuestro país, desarrollar un proyecto centrado en la voz del alumnado supone dar a conocer, previamente, lo que esta práctica educativa conlleva y los resultados que cabe esperar. Como es sabido (Susinos, 2009), si bien en otros contextos (Reino Unido, Canadá o Australia) la implantación de este modelo tiene tras de sí más de una década de funcionamiento, en España aún son escasas las experiencias desarrolladas y, más todavía, la literatura sobre el tema.

Esta filosofía educativa implica, por un lado, escuchar todo lo que el alumnado puede decirnos sobre la educación que recibe; por otro, reconocer sus aportaciones en el desarrollo de procesos de mejora escolar vinculados a su propia formación, y por último, ayudarle a encontrar nuevas formas de participación que hasta este momento no formaban parte de su vida escolar y también a acostumbrarse a ellas (Rudduck y Flutter, 2007; Escudero y García, 2009). De la implantación de este tipo de prácticas depende que consigamos escuelas inclusivas, democráticas y participativas, en las que todos contemos en la misma medida.

para saber más

- ▶ Ainscow, Mel (1999): *Understanding the development of inclusive schools*. Londres: Routledge.
- ▶ Escudero, Juan M.; García, Rodrigo Juan (2009): "Prólogo", en Asociación Escuela y Autogestión: *Tomemos la palabra. La voz del alumnado de Educación Secundaria en Puente de Vallecas*. Madrid: Popular.
- ▶ García Lastra, Marta; Susinos, Teresa (2012): "Y tú, ¿qué harías...? Cómo mejorar la vida en los centros educativos a partir de la voz del alumnado", en Mar Venegas (coord.): *Actas de la XV Conferencia de Sociología de la Educación*. Granada: Universidad de Granada.
- ▶ Rudduck, Jean; Flutter, Julia (2007): *Cómo mejorar tu centro escolar dando la voz al alumnado*. Madrid: Morata.
- ▶ Susinos, Teresa (2009): "Escuchar para compartir. Reconociendo la autoridad del alumnado en el proyecto de una escuela inclusiva", en *Revista de Educación*, n.º 349, pp. 119-136.